

VALERIA.
RELÁMPAGOS
Y TULIPANES

BIBLIOTECA DE NOVELA CONTEMPORÁNEA

VALERIA.
RELÁMPAGOS
Y TULIPANES

por

Miguel Ángel Contreras Nieto

*F*ICTICIA

MÉXICO
2019

VALERIA. RELÁMPAGOS Y TULIPANES

D.R. © Miguel Ángel Contreras Nieto

D.R. © Ficticia S. de R.L. de C.V.

D.R. © Luis Lucacci, por la fotografía de portada y el retrato del autor

Primera edición: mayo 2019

FICTICIA EDITORIAL

Editor: Marcial Fernández

Diseño de la colección: Armando Hatzacorsian

Diseño de la obra: Rodrigo Toledo Crow

Cuidado editorial: Mónica Villa

Magnolia 11, col. San Ángel Inn, Deleg. Álvaro Obregón,

Ciudad de México, c.p. 01060.

www.ficticia.com

ficticiaeditorial@ficticia.com

Todos los derechos reservados. Queda prohibida la reproducción total o parcial de esta obra, por cualquier medio o procedimiento, sin la previa autorización por escrito de los titulares de los derechos de autor.

ISBN: 978-607-521-122-1

Impreso y hecho en México / *Printed in Mexico*

Para Elsitita con amor.

*Lo malo no está en que la vida
promete cosas que nunca nos dará;
lo malo es que siempre las da y deja de darlas.*

Juan Carlos Onetti

PRIMERA PARTE

UNA DE LAS ZONAS EXCLUSIVAS DE METEPEC

Valeria avanza con brazadas largas en el carril. Su cuerpo esbelto, con traje oscuro de triatlón, se pierde por momentos en el suave oleaje que producen los demás nadadores en la alberca techada. Lleva la cabellera recogida en un gorro de neopreno y *goggles* a juego con el traje. El braceo y pataleo sin aletas, con sincronía rítmica en el crol, parecen de nadadora profesional.

Para ella, estas mañanas en el Fitness Metepec son indispensables. Puede decirse que toda la vida ha practicado algún deporte: gimnasia durante su infancia, voleibol en la adolescencia, y pádel en la edad adulta. Siempre alternados con la natación.

Cuando está a un cuerpo de distancia de la pared, inicia su voltereta. Al llegar, apoya las puntas de los pies sobre el muro de mosaico y se impulsa con fuerza para salir hacia adelante, como una barracuda. Siente las corrientes de agua tibia acariciar sus brazos, abdomen y la parte interior de sus piernas.

A la mitad del recorrido, con la cabeza bajo el agua, echa una ojeada hacia el carril contiguo y admira de refilón el cuerpo atlético del nadador que se ejercita junto a ella. Se turba un poco. Aunque sabe que es casi imposible, tiene algún temor de que el hombre advierta que lo está mirando, y opta por ser más cuidadosa con su vista durante el resto de la sesión.

Completa su rutina de cuarenta minutos con tres estilos combinados, sin levantar gran cantidad de agua en ninguno de ellos, y sin producir más ruido que un chapoteo débil al deslizarse con suavidad por el agua.

El Omega de la piscina señala las diez cuando Valeria, con un olor picante de cloro impregnado en la nariz, se aproxima a la escalerilla de aluminio colocada en el borde. Al ascender los peldaños, el agua escurre por sus piernas tonificadas y se deposita de nuevo en la alberca. Una vez sobre la orilla, se despoja de los *goggles* y del gorro. Sacude la cabellera castaña y ésta cae a la altura de los hombros. De camino hacia los baños, va imprimiendo las huellas húmedas de las sandalias en el piso de terracota. No deja de sentir las miradas masculinas detrás de ella, sino hasta que abandona el área de la alberca.

Luego de la ducha se viste con pantalón de mezclilla y chamarra de lino. Se detiene un momento frente el espejo y acerca el rostro de tez clara, un tanto rosada, para examinar las marcas pálidas que las gafas de natación le estamparon debajo de los grandes ojos verdes. Mientras se peina, sonríe al constatar lo bien que luce a sus treinta y dos años. El cabello alaciado queda con una línea a la izquierda, casi al centro, con las puntas atoradas detrás de las orejas.

En el vestíbulo saluda, de lejos, a dos ex compañeras de la licenciatura en letras, y sale al pasillo descubierta que cruza un jardín rectangular. Siente un golpe de aire frío en la cara, al tiempo que advierte, que las primeras heladas otoñales han quemado el pasto, y le han dado una apariencia de matices parduzcos.

Pasa junto a la cancha de pádel y sus ojos se iluminan al recordar que ahí conoció a Ricardo, siete años atrás. Desde el principio se sintió atraída por su aire deportivo, como de futbolista recién retirado. Él tampoco había permane-

cido indiferente ante su presencia; primero buscó el contacto visual, y luego se animó a acercarse para platicar. Durante los tres o cuatro días siguientes, Ricardo la esperaba al terminar la sesión y se quedaban a conversar en las bancas adyacentes a la cancha, hasta que, al fin, la invitó a salir. Ella accedió, algo molesta consigo misma, por no poder evitar que se le encendieran las mejillas. Durante la primera cita, él le propuso que fuera su novia y ella aceptó, sintiendo un vuelco en el corazón.

Valeria abandona el estacionamiento del gimnasio al volante de su camioneta Premium. En quince minutos llega a una de las zonas exclusivas de Metepec, y se detiene ante la puerta enrejada del fraccionamiento Cerceta. Luego de activar el control remoto, las hojas se abren con lentitud. Pasa a un lado de la caseta, y don Faustino, el antiguo vigilante calvo, la saluda, ceremonioso: “Buenos días, señora. Adelante”. Ella contesta con una inclinación de cabeza, antes de avanzar en la camioneta sobre la vialidad interior. Al llegar a la glorieta, vira a la izquierda, y aparca el vehículo frente a su domicilio para descender.

¿VINO A VERTE NATALIA?

Cerca de las tres de la tarde, la cocinera sube al segundo nivel de la casa y se aproxima a la puerta del estudio para hacer llamados mínimos con los nudillos:

—Señora, ya llegaron su marido y la niña.

—Gracias, Claudia. ¿Todo está listo? —responde Valeria desde el interior.

—Sí, señora. Ya están en el comedor. Voy a ver el *fettuccini*.

—Gracias. Diles que bajo en un segundo.

Valeria desciende por la amplia escalera y atraviesa una parte de la sala para ir al comedor. Saluda con un beso en la boca a Ricardo que la aguarda de pie, a un lado de su hija. Sonríe, porque el beso le sabe a menta y, además, le agrada que su marido se vea como si acabara de salir del vestidor, con la corbata rayada como un caramelo.

—¡Hola, amor!

—¡Hola, flaquita!

Se inclina para levantar en vilo a Kimberly. La besa en la mejilla mientras su hija la abraza por el cuello. Trae puesto el uniforme rojo a cuadros del jardín de niños.

—¿Cómo está mi princesita? ¿Aprendiste muchas cosas en la escuela?

—Solo unos colores que ya me sabía...

Los dos padres ríen y todos se sientan a la mesa.

Después de comer, la pequeña obtiene autorización materna para ver un poco de televisión en su cuarto, y se

aleja camino a la escalera dando brinquitos alternativos con una pierna y con la otra.

—¿Vino a verte Natalia? —inquire Ricardo, luego de pegar un sorbo a su taza de café.

—Sí... —Valeria fija un instante la vista en los ojos grises de su marido, para agregar enseguida, mientras vuelve el rostro hacia la mesa de la sala—: ¡Ah, sí! ¡Te diste cuenta por el puente!

—¡No falla! Además, toda la casa huele a tabaco.

Los esposos se levantan para acercarse a la mesa de la sala; en el trayecto él le da una ligera nalgada y ella voltea a verlo con expresión de picardía. Permanecen un momento de pie ante la maqueta coloreada del puente peatonal, que incluye un par de personas cruzándolo y algunos automóviles que pasan debajo de él.

—¡Está increíble! ¿Verdad? ¿Lo reconoces? Es el de Pino Suárez, a la altura de Galerías Mepetec —dice Valeria, antes de caminar unos pasos para detenerse frente a la vitrina que contiene, bien dispuestos, algunos modelos a escala de puentes vehiculares y peatonales famosos.

Ricardo la abraza por detrás.

—Es el primero que tienes de aquí. Aunque no es tan ilustre que digamos... —comenta, y enseguida agrega, sonriente—. ¡Es broma, amor! Es un buen detalle de Natalia.

Ella da media vuelta y le echa los brazos al cuello para besarlo. Tras separarse, él sube a despedirse de Kimberly y sale a su jornada vespertina de trabajo en la agencia automotriz.

MAMI, MAÑANA NO TENGO CLASES...

Cuando la noche ha caído ya, Valeria lleva de la mano a Kimberly hasta su habitación. La acompaña mientras se lava los dientes y la ayuda a ponerse el pijama lila con los ositos bordados al frente. Abre el edredón para acostar a su hija y después de tomar un libro del buró, se recuesta junto a ella.

—¡El del “Gigante egoísta”, mami!

Valeria se dispone a iniciar la lectura, pero Kimberly agrega:

—La boquita me sabe a fresa.

—Es por tu nueva pasta dental, mi amor —dice la mamá, al tiempo que le dirige una mirada dulce.

—Mami, mañana no tengo clases... —comenta la niña, pensativa.

Valeria frunce el entrecejo y voltea la cara para ver a su hija:

—¿No tienes clases? ¿Por qué?

—¡Sí tengo! ¡Te engañé! —exclama la pequeña, con una sonrisa algo forzada. Luego, parece entristecer de súbito y, bajando la mirada, dice—: pero, no quiero ir.

Valeria la mira con mayor atención:

—¿Alguien te molesta, princesa? Ya sabes que soy tu mejor amiga y puedes confiar en mí.

—Ya lo sé, mami. Pero no quiero ir mañana —insiste, con voz apenas audible.

Valeria cierra el libro de Oscar Wilde. Le pasa la mano por la cabellera rubia. La siente cálida y tersa:

—Ya sólo vas mañana. Es viernes, el último día de clases. Luego, tenemos todo el fin de semana para estar juntas tú y yo. ¿Sale?

Al cabo de unos segundos contesta la niña, entretenida en recorrer con el dedo índice las costuras del edredón:

—Está bien.

—¡Anímate, mi amor! —dice Valeria y comienza la lectura con una voz fluida de tonalidades agudas.

Después de haber leído la mitad del cuento, voltea a ver a su hija y advierte que el sueño la ha rendido. Deposita un beso en su frente y se levanta, a efecto de salir hacia la recámara principal, al otro lado del pasillo cubierto de parquet.

Algunos minutos más tarde, acostada en la cama *queen size*, toma su teléfono celular del buró y abre la aplicación del WhatsApp para enviar un mensaje por escrito a Natalia: “Muchas gracias por el puente. Está hermoso. ¡Y de Metepec! Que descanses. Mañana nos llamamos”. Sin esperar respuesta, da por concluida la sesión y apaga el teléfono.

Con el brazo alargado, tira de la cadena para apagar la lámpara del buró. De pasada, toma el antifaz de dormir. A oscuras se lo coloca, complacida por la frescura del raso y el aroma a lavanda. El último sonido que registra, antes de quedarse dormida, es el de las campanas de viento colocadas en el pórtico de la casa, que chocan entre sí, metálicas y festivas: *triin, trlinn, triin*.

LOS MECHONES RUBIOS

Temprano, Valeria ha salido a la puerta de la casa para despedir a Ricardo, que se dirige al trabajo y, de camino, dejará a su hija en la escuela.

Valeria se pone en cuclillas frente a Kimberly y le ajusta las solapas del abrigo de lana para protegerla del viento gélido. Toma entre sus manos la cara de la niña y la siente un tanto fría. Con los ojos cerrados, frota su nariz afilada contra la diminuta nariz de ella.

—¡Te quiero! Princesa.

—Yo también, mami.

—Se hace tarde, amor —dice a Ricardo y lo besa en la boca. Al hacerlo, percibe un sabor dulzón a vino, como de borracho trasnochado.

Levanta la ceja para examinar con alguna minucia a su esposo, al tiempo que le dice:

—No se te olvide que tiene que entregar la catrina del Día de Muertos a la *miss*. La lleva en la mochila. Maneja con cuidado, porque a esta hora mucha gente sale volando para llegar a tiempo a la escuela.

—No te apures, flaquita, yo la entrego —contesta el hombre, con una sonrisa opaca.

Recargada contra el marco de la puerta, Valeria sube la cremallera de su chándal, mientras ve a Ricardo alejarse. Nota la espalda fuerte debajo del saco de casimir, al verlo caminar por las baldosas de piedra del jardín, tomado de

la mano de su hija. Él llega hasta el BMW gris y abre la puerta trasera para Kimberly, detrás del lugar del chofer. La ubica en el asiento de seguridad, con las correas sujetadas apropiadamente, y cierra la portezuela. Se sitúa al volante y el carro comienza a avanzar despacio.

Antes de alejarse del frente de la casa, Ricardo vuelve la cara hacia su esposa y guiña un ojo. Kimberly lleva sus manitas a la boca. Al separarlas, envía a su madre un beso volado, con toda la gracia de sus cuatro años. Los mechones rubios se le agitan un poco y caen, lacios, por debajo de los hombros.

Valeria sonrío y dos rayas finas se le marcan en las mejillas. Sigue al automóvil con la mirada, hasta que éste, envuelto en la neblina leve de las postrimerías de octubre, dobla en la glorieta para enfilarse hacia la salida del fraccionamiento.

Al mediodía, luego de regalarse con una buena ducha, Valeria entra al estudio, ubicado entre la recámara principal y la de Kimberly. Desea continuar trabajando en su tesis de maestría. De manera previa al baño corrió algunos kilómetros en la caminadora. Se siente fresca, con un cansancio ligero y reservas importantes de energía, como los corredores de fondo tras un entrenamiento en distancia corta.

De uno de los libreros adosados a la pared toma *Les fleurs du mal* y se encamina al escritorio, emplazado frente a aquellos. Alisa su blazer verde limón con botonadura dorada, antes de sentarse y abrir el tomo. Lee en francés, con voz sonora y sin acento:

“Toda flor se evapora igual que un incensario; se estremece el violín como un corazón que se aflige; ¡melancólico vals y lánguido vértigo! El cielo está triste y bello como un gran altar”.

Deja el libro de pastas gruesas encima del escritorio y cierra los ojos. Sus cejas son dos líneas delgadas, casi rectas, sobre los párpados cobrizos. Coloca la mano encima del antebrazo izquierdo y siente la cálida textura de la pana. “El cielo está triste y bello como un gran altar”, repite en silencio, mientras su mente reconstruye la sensación del beso de despedida que le dio su marido por la mañana. “Ya son muy frecuentes las famosas cenas de negocios. Tengo que hablar seriamente con él”, dice para sí.

Detrás de ella, por arriba de su cabeza, destacan, en el fondo claro del papel que tapiza la pared, los títulos profesionales de nivel licenciatura, enmarcados en madera. Son de prestigiosas universidades particulares. El de ella, en Letras, y el de Ricardo Soto, en Administración de Empresas. Las fotografías ovaladas que ostentan los títulos, los muestran nueve o quizá diez años más jóvenes, pero sin grandes cambios en su fisonomía.

El tintineo del celular la sobresalta. Mira la pantalla y no reconoce el número, así que deja que suene sin contestar. Cierra de nuevo los ojos y trata de concentrarse. Luego de unos segundos, el teléfono repiquetea. Es el mismo número desconocido. Valeria acerca el aparato al oído y dice, con voz un poco impaciente:

—¿Bueno? ¿Bueno?

Al otro lado de la línea se escucha un trajín de pasos, voces lejanas y un sonido ambiental agudo que transmite mensajes ininteligibles.

UNA HEBRA DE SANGRE ESCARLATA Y ARDIENTE

Después de salir del fraccionamiento, Ricardo recorre algunas cuadras hasta llegar a la calle Guadalupe Victoria. Conduce en medio de la neblina que un sol cohibido no alcanza a disipar.

Él siempre ha detestado transitar por esta vía, no obstante que es la mejor ruta para dejar a Kimberly en el colegio, antes de seguirse para la agencia. Le fastidia el tráfico vehicular intenso, que tapona de manera intermitente la circulación, así como la elevada cantidad de automóviles estacionados sobre la cinta asfáltica. Está seguro de que los embotellamientos se deben al estilo generalizado de manejar que hay en esta parte del país: una fusión local de inconciencia y cultura kamikaze.

Avanza por el carril que lleva de oriente a poniente, lidiando con los automóviles que incesantemente se suman al tráfico, procedentes de la docena de condominios que tienen salida hacia esta calle. Oprime el acelerador y el BMW adelanta con suavidad, pero solo a tramos pequeños. Enseguida encuentra autos atascados al frente de los establecimientos comerciales y escuelas. De los vehículos, estacionados en doble fila, bajan niños que arrastran sus mochilas repletas, mientras los conductores aprovechan esos segundos, para retocar el rímel ante el retrovisor, o para hacer alguna llamada telefónica, según sea el caso. El estruendo de las bocinas sube de in-

tensidad. Una vez superado el nudo, Ricardo adelanta hasta el siguiente taponamiento.

En el asiento trasero, Kimberly canta en voz baja y nítida, como el gorjeo de alguna ave, mientras extiende los brazos al frente: “¡Compañía! ¡Brazo extendido! ¡Puño cerrado! ¡Un, dos, tres! ¡Chu, chu, ua! ¡Chu, chu, ua! ¡Chu, chu, ua! ¡Ua, ua!”. Ricardo la escucha sonriente, pero en seguida se le tuerce el gesto, porque el malestar de la resaca le sube por el esófago en forma de eructos ácidos, como las aguas termales en un géiser.

Recuerda la velada de la noche anterior en el Acróstico, con Edwin y Pepe, dos amigos que conoció en la empresa automotriz, y con los que recientemente sale a tomar algunas copas. En el bar, penumbroso como una caverna, se escuchaba a medio volumen una balada de José José. Debían de haber tomado ya cuatro o cinco Hennessys, cuando Edwin sacó del bolso interior de su americana un cigarro torcido. Desenfadado se lo llevó a los labios y lo encendió con el fuego que le ofreció Pepe. Expelió el humo espeso, y un olor a orégano quemado invadió el ambiente. Ricardo volteó hacia los lados, un poco inquieto. Sus amigos sonrieron, sardónicos.

Edwin le ofreció el cigarro: “Aspira profundo y guarda el humo un rato en los pulmones”, dijo. Ricardo tomó con naturalidad el porro, como si no fuera la primera vez, y fumó, de acuerdo a las indicaciones recibidas. Luego de expulsar el humo, le lloraron los ojos, y la garganta irritada lo hacía hablar con lentitud involuntaria. También comenzó a sufrir un dolor de cabeza, que más tarde se hizo muy intenso, y cierto temblorcillo que lo hacía tiritar, como si tuviera escalofríos. Sus amigos arrastraban las palabras. Tenían los rostros transformados por una expresión de felicidad artificial y algo estúpida. Él sólo se sintió avergonzado y con deseos de irse a casa.

Ahora que lo recuerda, se siente de nuevo avergonzado. Arregla el nudo de la corbata perlada que Valeria le escogió ese día para resaltar el tono de sus ojos, y concentra la vista al frente del automóvil.

Después de que el BMW cruza la avenida Leona Vicario, el tráfico vehicular se hace más fluido. Llega a la intersección con la avenida Pino Suárez y se para ante la luz roja. Es ya el primero de la fila. Frente a él, cruzan raudos los automóviles que intentan aprovechar el siga.

Ricardo ve que la luz de su semáforo cambia a verde y pisa el acelerador. Una camioneta suburban negra, que viene a toda velocidad sobre Pino Suarez, no frena ante la señal de alto. Al pasar por la mitad del cruce, con un golpe seco embiste al BMW por el costado del conductor. Lo arrastra algunos metros sobre el asfalto, para treparlo al camellón y dejarlo incrustado contra un poste de concreto, que aguanta a pie firme el encontronazo. Cuando se apagan los rechinidos de neumáticos y el estruendo del choque, se hace un silencio de mal presagio.

En la cercanía de los vehículos comienza a esparcirse un olor intenso a balata quemada, gasolina y anticongelante.

Ricardo pierde el sentido y queda prensado entre la defensa de la suburban y el poste de luz, que tiene en la base un revestimiento de hormigón. En los restos deformados de la parte trasera del vehículo es difícil encontrar a Kimberly. En medio de láminas dobladas y trozos de plástico rugoso asoma su cara desfigurada, con los ojos claros fijos en ninguna parte. A un lado del rostro se ve su pequeña mano inmóvil, por la que resbala una hebra de sangre escarlata y ardiente, como un rubí fundido.

El tráfico se detiene por completo y comienza la sinfonía de bocinazos. De los vehículos ubicados cerca del accidente descienden algunos curiosos, que se aproximan a los auto-

móviles siniestrados. Al ver a las personas dentro, hacen visajes de horror. Alguien llama a una ambulancia y después de algunos minutos interminables se escucha a lo lejos el aullido de las sirenas.

NECESITAMOS TRANQUILIZARNOS, SEÑORA

—¿La señora Valeria del Olmo? —dice en el auricular una voz femenina de tonos afables.

—Sí, soy yo. ¿De parte de quién? —responde Valeria, ansiosa, mientras se revuelve en el sillón de su escritorio.

—De la licenciada Estrella Espinoza, trabajadora social. No quiero que se alarme, necesitamos tranquilizarnos...

—¿Tranquilizarnos? ¿Qué ha sucedido?

—Le ruego que nos tranquilicemos...

—¡Por Dios! ¡Dígame qué pasó!

—Hubo un accidente, señora. Pero necesitamos calmarnos para que me escuche.

La mano de Valeria que sostiene el teléfono comienza a temblar. La trabajadora social sigue hablando, pausada, con algún sonsonete:

—El señor Ricardo Soto tuvo un accidente hace unas horas. Necesitamos que venga al hospital San Telmo, aquí en Metepec.

Dos lágrimas bajan casi al mismo tiempo por las mejillas de Valeria.

—¡Mi hija! ¿Cómo está mi hija? Está bien, ¿verdad? ¡Dígame que está bien! Por el amor de Dios —grita Valeria y empieza a sollozar.

—Necesitamos tranquilizarnos, señora —insiste la profesionalista, con el mismo tonillo—. Venga al hospital, si es tan amable, y procure que la acompañe algún familiar.

Valeria, llorosa, con movimientos atolondrados, corta la comunicación y queda estática un instante, como si se hubiese desconectado de la realidad. Tiene la mirada fija en el retrato de familia colgado en la pared, entre los librereros.

De pronto su rostro se ilumina. Marca el número de la escuela de Kimberly y aguarda, tensa, a que la pongan en contacto con la profesora del grupo. Una vez que la docente le informa que la niña no llegó a clases, grita, sin importarle que la comunicación telefónica aun esté abierta:

—¡No! ¡Dios mío! ¡Dios mío!

Sale apresurada del estudio, baja a saltos las escaleras y abandona la casa. Sube a su camioneta, con un sabor a zumo de limón descompuesto en el paladar. Conduce deprisa por las calles desiertas del fraccionamiento hasta la salida. Solo hace una parada mínima ante las puertas eléctricas del fraccionamiento, y espera impaciente a que estas se abran lo indispensable para poder pasar con el vehículo.

Maneja de manera automática, con la cara rígida y las manos atezadas en el volante. A lo largo del trayecto dirige sus palabras más sentidas a la Virgen de Guadalupe, rogándole que no haya ocurrido el accidente, que la llamada que recibió y todo lo demás se deban a un error. A cambio le ofrece volverse una mujer más paciente. Una mejor mamá para Kimberly. Promete acudir con su familia a la Basílica y llevar a la Virgen el cirio bendito que tiene en un armario. Después, apela a su propia madre, muerta años atrás, para pedirle encarecidamente que proteja a sus familiares.

Estaciona el carro frente al sanatorio y desciende pronta. Mientras camina a zancadas, repite en la mente: “¡Que estén bien los dos, Dios mío! ¡Que estén bien!”.

¡CÓMO QUE NO ESTÁ MI HIJA!

El recibidor del hospital está desierto. Valeria camina con pasos apresurados sobre el piso de mayólica, antes de llegar ante el mostrador para anunciarse con la secretaria pelirroja:

—Soy Valeria del Olmo. Me dijeron que aquí están mi esposo y mi hija. ¡Quiero saber cómo están!

—Buenas tardes, señora. ¿Quién es su familiar? —interroga impassible, la secretaria.

Valeria le lanza una mirada, con la que podría haber cortado un bloque de hielo, y contesta, mientras tamborilea con la punta de las uñas sobre la superficie pulida del mostrador:

—Ricardo Soto y Kimberly Soto. ¡Me llamó una licenciada Espinoza!

La secretaria se toma su tiempo para verificar en la pantalla de la computadora y dice:

—Lo siento, solo tenemos registrado al señor Ricardo Soto. Permítame hablarle a la licenciada Espinoza para que le atienda.

—¡Revise bien, por favor! ¡Cómo que no está mi hija!

La secretaria le dirige una discreta mirada de conmisericordia, mientras hace una llamada por el conmutador.

A Valeria le parece eterna la espera. Con grandes taconazos recorre el amplio recibidor. Varias veces se sienta y levanta de los sillones de piel. Pasa su mano por la frente y

aparta la cabellera hacia un lado. Tiene tiempo de avisar por teléfono, con frases rápidas, a Natalia, antes de que salga a la puerta de Trabajo Social una mujer larguirucha de uniforme color caqui. En su rostro destaca el paño marrón de las mejillas y la nariz prominente, sobre la que cabalgan unas gafas de aumento:

—Pasamos, si es tan amable, señora —dice con un tono afable que es identificado de inmediato por Valeria—. Soy la licenciada Espinoza, mucho gusto en conocernos.

Con un ademán la invita a entrar y las dos pasan a una sala reducida, amueblada con sillones modulares. Valeria aspira el aroma a perfume barato que impregna el cubículo, sin hacer ningún gesto.

—Mucho gusto. ¿Cómo están mi esposo y mi hija? ¿Qué pasó? —inquiere Valeria, en lo que ambas ocupan sillones contiguos.

La trabajadora social mira a Valeria como si ésta fuera una deficiente intelectual, y le habla despacio, con su acostumbrado sonsonete:

—No hay que alarmarnos. Su esposo tuvo un accidente sobre la avenida Pino Suárez. Iba con la niña pequeña.

Valeria se desliza hasta el filo del sillón y clava las uñas en la tapicería.

—Su esposo está aquí, en terapia intensiva —Mientras habla, la trabajadora social fija sus ojos minúsculos en el rostro perfecto de Valeria y piensa que es injusta su propia fealdad—. Debemos conservar la calma. Su estado es grave y, desafortunadamente, la niña no fue traída al San Telmo...

La ansiedad hace que Valeria dilate las aletas nasales al respirar. Aunque el ambiente es fresco en la sala, ella se sofoca. De repente, Estrella Espinoza se siente ofendida por la elegancia de su interlocutora, por los botones dorados del blazer, y concluye, disfrutando la frase:

ÍNDICE

PRIMERA PARTE

1. UNA DE LAS ZONAS EXCLUSIVAS DE METEPEC.....	13
2. ¿VINO A VERTE NATALIA?.....	16
3. MAMI, MAÑANA NO TENGO CLASES.....	18
4. LOS MECHONES RUBIOS.....	20
5. <i>LES FLEURS DU MAL</i>	22
6. UNA HEBRA DE SANGRE ESCARLATA Y ARDIENTE.....	24
7. NECESITAMOS TRANQUILIZARNOS, SEÑORA.....	29
8. ¡CÓMO QUE NO ESTÁ MI HIJA!.....	30
9. NOS QUEDAN MUCHAS COSAS POR DELANTE.....	34
10. ESTE CUERPO EXTRAÑO NO ES EL DE KIMBERLY.....	36
11. NO DEBES PENSAR QUE TÚ ERES LA ÚNICA QUE SUFRE.....	40
12. ¡DIOS MÍO! YO LA MATÉ. YO LA MATÉ.....	42
13. Y A MÍ, ¿QUIÉN ME PERDONARÁ?.....	46
14. MÁS FRÍA QUE UN GLACIAR.....	51
15. ¡PERO SI ESTÁS EN LOS HUESOS, NIÑA!.....	54
16. DIME SI QUIERES HABLAR.....	59
17. YA NUNCA ESTARÉ BIEN.....	62
18. PARA MI PAPI QUE LO QUIERO MUCHO.....	66
19. TE VAS A MORIR. ESO ES LO ÚNICO CIERTO.....	69
20. ¡AUNQUE FUERA FREUD, PAPÁ!.....	73
21. LA GENTE, EN SU INGENUIDAD BOVINA.....	78
22. ¡ESTE REGALO HAY QUE CELEBRARLO!.....	80
23. HAS AVANZADO MUCHO, RICHARD.....	84

24. ESA VAGA SENSACIÓN DE NOSTALGIA.....	88
25. CODO A CODO CON ÉL.....	93
26. TÚ TAMBIÉN TE VES BIEN.....	97
27. EL AMOR ES COSA DE DOS.....	101
28. YO NUNCA TE PIDO NADA.....	105

SEGUNDA PARTE

29. EL DESTELLO DE UNA AGUAMARINA.....	111
30. NO LO VOY A VER JAMÁS.....	116
31. UNAS ZAPATILLAS DE ANTE COLOR BUGANVILIA.....	118
32. SI TAN SOLO SE DECIDIERA.....	124
33. LAS PREGUNTAS NUNCA SON INDISCRETAS.....	127
34. ÉSTO YA ES DEMASIADO.....	132
35. “SUEÑO IMPOSIBLE”.....	136
36. ¿NO SIENTES NADA POR ÉL?.....	139
37. ESE BRILLO LIGERO EN LOS OJOS.....	143
38. HOLA. ¡TE VES LINDÍSIMA!.....	145
39. YO SOLO VIVO PARA VOLVER A VERTE.....	154
40. UN GORRIÓN ALETEANDO EN EL PECHO.....	160
41. CON EL CORAZÓN A TODO TREN.....	167
42. ¡CUENTA, CUENTA! ¿CÓMO TE FUE?.....	174
43. PUEDE TERMINAR MAÑANA, NO SÉ.....	178
44. ¿QUÉ PASA, FLAQUITA?.....	183
45. TODOS LOS MARES DEL MUNDO.....	186
46. SI PEPE VA DE HABLADOR.....	193
47. NUNCA HE QUERIDO HACERTE DAÑO.....	196
48. LAS SILUETAS DE LOS LIQUIDÁMBARES.....	202
49. YA NO PUEDO ABANDONAR NINGÚN SUEÑO.....	207
50. ¿ES MUJER NO TE QUIERE.....	213

51. NADA ES PARA SIEMPRE.....	217
52. UNA FRÍA NOCHE DE SÁBADO.....	224
53. ¡BIENVENIDA A CASA, HERMOSA MÍA!.....	228
54. ¿TE DOLIÓ MUCHO QUE SE FUERA?.....	232
55. LASTAZASLOCAS.....	236
56. TIENE MESES QUE NO LA VEO.....	242
57. DONDE LAS OLAS LLEGAN MANSAS.....	245
58. ASÍ QUE TÚ ERES LA FAMOSA FRIDA.....	248
59. EL DARDO DE LOS CELOS.....	254
60. LAS PRIMERAS LUCES DE LOS RASCACIELOS.....	257
61. AL OTRO LADO DE LA AVENIDA.....	264
62. PIENSA MAL Y ACERTARÁS.....	272
63. EL PISO HELADO DE GRANITO.....	277
64. UN SABOR AMARGO, COMO DE LIMÓN MADURO.....	283
65. ¿ME QUIERES HIPNOTIZAR?.....	286
66. UNA COPA AGRIA DE CHAMPÁN.....	290
67. ¡MALDITA ZORRA!.....	296
68. SIEMPRE SEDUCIMOS CON MENTIRAS.....	300
69. LAS CAMPANADAS DE LAS OCHO.....	307
70. COMO UNA REINA SIN CORONA.....	313
71. ¿A QUÉ REGRESASTE?.....	317

TERCERA PARTE

72. ¡LO SIENTO TANTO, VALE!.....	323
73. UN RESCOLDO DE TRISTEZA EN EL ALMA.....	327
74. EN SU FUERO INTERIOR.....	334
75. LA VIDA TIENE SUS COSAS BELLAS.....	337
76. EL CASO ES QUE NO VAS A REGRESAR CON ÉL.....	341
77. TAN VOLUBLE COMO UN JURAMENTO DE AMOR.....	344

78. MANTAS EN PUNTO DE CACHEMIRA.....	348
79. EL PRIMER VIERNES DE NOVIEMBRE.....	355
80. COMPLETAMENTE VACÍA.....	359
81. UNA COTA DE MALLA.....	366
82. ¡POR FAVOR DÉJENME EN PAZ!.....	371
83. ENGANCHADA A UNA CINTA DE <i>MOEBIUS</i>	374
84. ¿DÓNDE ESTÁ DIOS CUANDO SUCEDEN LAS COSAS?.....	381
85. ¡ESTÁS DEL DEMONIO!.....	387
86. NO SÉ SI PODRÉ SEGUIR ADELANTE.....	393
87. UNA INTRUSA EN ESTE HOGAR.....	398
88. LA HORA CERO.....	402

«VALERIA. RELÁMPAGOS Y TULIPANES»

DE MIGUEL ÁNGEL CONTRERAS NIETO

SE TERMINÓ DE IMPRIMIR EL 3 DE MAYO DE 2019 EN LOS TALLERES

DE EL ERRANTE EDITOR S.A DE C.V. PRIVADA EMILIANO ZAPATA

NÚM. 5947, COL. SAN BALTAZAR CAMPECHE,

PUEBLA, PUEBLA, CP. 72550.

SE TIRARON 1000 EJEMPLARES.